

EL ESTADO DE BIENESTAR EN CRISIS

Sol Arguedas

La gran crisis económica actual

Se trata, en primer lugar, de la crisis del capitalismo norteamericano. Crisis que, como veremos más adelante, se deberá tanto a conocidas contradicciones internas del capitalismo, como al nuevo y todavía no bien comprendido conflicto entre los Estados-nación y las más poderosas corporaciones transnacionales. De aquí que el deterioro de la hegemonía mundial de Estados Unidos pueda considerarse también dentro del cuadro más general de las agresiones contra los Estados nacionales y del fortalecimiento de empresas y conglomerados transnacionales, todo mediante un proceso que podríamos llamar, tentativamente, de creciente "desmetropolización" de las gigantescas corporaciones transnacionales.

Como es lógico —dialécticamente hablando— esta nueva tendencia del capitalismo actual tiene su contradicción en un nacionalismo creciente, manifestado de diversas maneras, y más visible en unos países que en otros. La ola de nacionalizaciones en los sectores económicos —de Francia, en el mundo desarrollado; de México, en el subdesarrollado— forma parte del mismo proceso. El conflicto entre ambas tendencias contradictorias adquiere hoy aspectos espectaculares. Es, la de ahora, una crisis en la que se juegan la paz social interna y el poderío político militar externo de Estados Unidos. Como es sabido, cuanto ocurre en aquel país locomotora repercute en todo el sistema-tren del mundo llamado occidental. Por contigüidad y contagio, pero también por relativa interdependencia, repercute en el resto del mundo no capitalista. De este modo a crisis de la economía norteamericana creció hasta convertirse en crisis económica mundial.

Abstrayéndonos de la anécdota y del *folklore* protagonizados por el presidente actor, la *reaganomics*¹ aparece justamente cuando Estados Unidos necesita con urgencia elevar la productividad del trabajo (es decir, intensificar la revolución tecnológica propia de nuestra época) presionado por el deterioro de la economía y por la pérdida de competitividad, no sólo frente a la Comunidad europea, sino, sobre todo, frente al reto de la economía japonesa en ascenso vertiginoso.

El deterioro de la economía estadounidense, y los remedios que se le aplican, se explicarían dentro del pensamiento marxista clásico —en última instancia— a

partir de la tasa decreciente de ganancia y de su correlativa necesidad de elevar la productividad del trabajo apoyándose en innovaciones tecnológicas. Hay que recalcar, sin embargo, que en ningún análisis marxista se explicaría una crisis, y menos una de las dimensiones y complejidad de ésta, con base en un solo elemento teórico.

Sobre esta gran crisis de la economía capitalista mundial, André Gunder Frank señala: "el intento capitalista de mantener o de revivir la tasa de ganancia produciendo a costos inferiores en el Tercer Mundo y también en los países socialistas, con el apoyo político nacional (...) a medidas represivas en los mismos".²

Ya conocemos el mecanismo usual utilizado por los capitalistas para salir de las crisis periódicas dentro de las economías nacionales: elevar la productividad del trabajo mediante innovaciones tecnológicas, como recurso fundamental para revalorizar el capital y desvalorizar la fuerza de trabajo. Ahora falta trasladar este fenómeno a la escala internacional e interpretar el derrumbe actual de los precios de las materias primas (el "salario" de las naciones pobres); las altas tasas del interés del crédito (que arruina a aquellos países cuyas plantas productivas y tecnologías van quedando rezagadas, y cuyas respectivas deudas externas van volviéndose insostenibles); la carrera innovadora en lo tecnológico de las máximas potencias capitalistas (especialmente en los campos de microcomputación, de comunicaciones y de fuentes energéticas alternas, todos fuera de las posibilidades de la mayor parte de los países); la marginación en la que caen aquellas naciones a las que se les niegan créditos internacionales por "insolventes" (originándose así la formación de un "cuarto" mundo, el cual toma el papel cumplido por los trabajadores despedidos o desempleados, es decir, el ejército de reserva de la fuerza de trabajo en el capitalismo tradicional), y la sobreexplotación de los países "no despedidos" en el sistema imperante en la división internacional del trabajo.

Lo que quiero hacer resaltar es la cada vez más reconocible necesidad de los dueños de los recursos de capital de explotar más y mejor a los países sometidos ("asalariados"), para tratar de superar la gran crisis económica mundial. Y como dueños de los recursos de capital hay que señalar hoy tanto a los empresarios individuales y a los monopolios tradicionales dentro de las naciones capitalistas como a los miembros propietarios en las "tecnestructuras" de las gigantescas empresas transnacionales.

La crisis actual pareciera ser no sólo causa y efecto de la incrementada explotación de estos países sometidos, sino también, simultáneamente, constituir el instrumento

¹ Reaganomics es un concepto debido al ingenio popular norteamericano, suficientemente útil, y en cierto modo irónico, para designar el sello particular que Ronald Reagan ha impreso a la política económica y a las relaciones exteriores de la Unión Americana.

² A. Gunder Frank: *Crisis económica, promoción de la exportación y represión política*, ponencia presentada en el II Congreso de Economistas del Tercer Mundo, celebrado en La Habana, del 26 al 30 de abril de 1981.

más eficaz para una mayor concentración acelerada del capital internacional, con lo cual se profundiza el proceso de trasnacionalización del capitalismo, característica propia de su fase presente. Por lo tanto hay que saber discernir, en el conjunto de los propietarios o dueños del capital, a quiénes favorece la crisis y a quiénes verdaderamente los ahoga. Y no olvidar la primacía que ha alcanzado hoy el capital financiero sobre el capital productivo.

El enfoque marxista

Dice el economista brasileño Theotonio Dos Santos refiriéndose a los orígenes de esta crisis en los países industrializados: "De manera (...) abstracta podríamos afirmar que la crisis resultó de un aumento en la composición orgánica del capital (...) y de una disminución significativa de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo, como resultado del poder de negociación de los trabajadores en condiciones más o menos prolongadas de pleno empleo, generadas por el propio auge. La consecuencia de la conjugación de estas dos tendencias fue la rebaja de la tasa de ganancia".³

En otra parte de su ponencia dice el autor: "La crisis también refleja la saturación de los propios mecanismos generados por el pleno empleo de los factores productivos, obtenidos durante el período de crecimiento sostenido: el poder de reivindicación de los asalariados llegó al auge, como su organización y combatividad junto al auge económico, neutralizando en consecuencia las ventajas que el capital obtuvo durante (...) los años de crisis entre la primera y la segunda guerras mundiales (...) [neutralizando] también las ganancias de la productividad del trabajo obtenidas con la incorporación de nuevas tecnologías después de la segunda guerra mundial".

La necesidad de modernizar los equipos y de racionalizar la producción hicieron cambiar el flujo de las inversiones en los países desarrollados, las cuales no se dirigieron ya a la ampliación de la capacidad instalada. Esto último, más la pérdida de competitividad de ramas industriales obsoletas a causa de la modernización, generaron y siguen generando desempleo y, por tanto, conflictos sociales. Fue entonces cuando en los países industrializados se adoptaron medidas restrictivas para la importación de mercancías provenientes de los países subdesarrollados para proteger las ramas no competitivas de su propia industria.⁴

3- Theotonio Dos Santos. *La crisis económica internacional*, ponencia presentada en *ibid.*

4. "Solamente cuando (...) [en los países industrializados] dejen de proteger a sectores que han dejado de ser competitivos podrán las manufacturas y las semimanufacturas de los países en desarrollo ocupar su lugar en los mercados internacionales en beneficio de los consumidores del norte y de los productores del sur". João Baptista de Oliveira Figueiredo, Presidente de Brasil, en su discurso ante la Asamblea de las Naciones Unidas el 27 de septiembre de 1982.

En los países subdesarrollados la compra de tecnología para modernizar las instalaciones hizo aumentar los gastos para la creación de nuevos puestos de trabajo, por lo que necesitaron nuevas inversiones. Como se había acentuado el deterioro en los términos del intercambio "en parte por la relativa reducción de la demanda de materias primas en el mercado mundial, crece la dependencia de estos países pobres no productores de petróleo respecto de los recursos exteriores".⁵

Modificadores de la crisis

Aunque los especialistas citados describen el origen y la aparición de esta crisis en particular, sus ortodoxas explicaciones podrían referirse a cualquiera de las crisis periódicas sufridas por el capitalismo en los últimos tiempos.

Lo característico de esta crisis no reside tanto en la mayor profundidad o en la ya larga duración, como en ciertas circunstancias que rodearon su aparición y marcan su desarrollo. Por una parte se había intensificado la acción modificadora sobre la respuesta global del sistema tanto del llamado Estado de bienestar como del constante flujo de innovaciones tecnológicas en la industria civil, derivado de la producción permanente de armas. Por otra parte —y aquí es donde hay que buscar, fundamentalmente, la singularidad de la crisis actual— la consolidación de las corporaciones trasnacionales en nuestro momento está haciendo algo más que modificar la evolución previsible del capitalismo: se está conformando tal mutación en su transcurso, que la crisis actual, más que crisis en el sentido de agudización máxima de conflictos, debe considerarse como proceso de transición hacia una nueva etapa histórica.

Quisiera resaltar dos ideas fundamentales sobre este tema en particular: la primera es la apreciación de la crisis económica de hoy como una crisis que se inicia por los mismos factores determinantes de las crisis periódicas anteriores del capitalismo; pero que no puede desarrollarse "normalmente", es decir, de acuerdo con la teoría y con las experiencias pasadas, por la presencia de algunos elementos intrínsecos que lo impiden, al modificar sustancialmente la conducta previsible del sistema en el transcurso de las crisis. Son ellos: a) el Estado de bienestar (o socialdemocracia); b) la masiva y permanente producción de armamento, y c) la consolidación de las empresas trasnacionales.

La segunda idea básica es la existencia simultánea de dos tipos de crisis, intrínsecamente entrelazadas a veces hasta la identificación plena y la imposibilidad de distinguirlas; pero en las cuales en algunas ocasiones se dife-

5- G.K. Shirokov: *La crisis estructural y los países en desarrollo*, ponencia presentada en el Congreso de Economistas del Tercer Mundo, celebrado en La Habana del 26 al 30 de abril de 1981.



S.L. González

rencian algunos de sus elementos hasta el punto de conflicto entre ellos. Un ejemplo de esto último sería la contradicción entre las funciones tradicionales del Estado burgués democrático y las necesidades de las empresas trasnacionales.⁶

El primer tipo de crisis es el conocido hasta aquí; se relaciona con los sujetos de los incisos (a) y (b) y pertenece, sin duda alguna, al desarrollo **presente** del capitalismo. El segundo tipo de crisis, profundamente estructural, al que llamé un poco más atrás de "transición", configura ya el **futuro** inmediato de la evolución capitalista; se relaciona, obviamente, con el sujeto del inciso (c) y representa las corrientes de avanzada o de punta del capitalismo actual.

El conocimiento de la acción modificadora de aquellos hechos citados sobre la conducta de la economía capitalista tradicional, mejor dicho, el conocimiento de los tropiezos y de sus causas que sufre la explicación marxista clásica en relación a aquellos hechos citados, permitirá comprender mejor los acontecimientos socio-políticos y político-económicos relevantes de nuestro momento. Tal sería por ejemplo, el poder apreciar la congruencia —y desentrañar su lógica, aunque también sus contradicciones— de una política económica como

6.- De aquí la improcedencia de seguir denominando bajo el mismo rubro de "burguesía" lo mismo a las clases sociales poseedoras de los medios de producción dentro del capitalismo tradicional que a los miembros de las modernas tecnestructuras de las empresas trasnacionales. Se debe tomar en cuenta que estas últimas necesitan romper toda clase de fronteras propias y ajenas para poder realizarse como modalidad cualitativamente distinta en la que se está convirtiendo el capitalismo actual. Por lo tanto, al abatir fronteras jurídicas, aduanales, geográficas, históricas, culturales y hasta morales y psicológicas —analícense, por ejemplo, las abrumadoras campañas publicitarias de ventas— al abatir, repito, fronteras de todo tipo creadas para defender el mundo tradicionalmente "burgués", las empresas y conglomerados trasnacionales se están convirtiendo en sus sepultureros. Reclamo, pues, el derecho a cuestionar la indebida utilización del término "burguesía", para englobar todos los sectores sociales dominantes en nuestra época de acelerada transformación del capitalismo hacia su plena fase trasnacional, sin tomar en cuenta las serias diferencias entre ellos que acabo de señalar.

la del Presidente norteamericano Ronald Reagan, que se enfila, precisamente, hacia el desmantelamiento despiadado del Estado de bienestar; que se basa en la sobreproducción de armas con su inevitable marco de guerra fría, y que favorece —o entorpece, según el caso— el tránsito hacia la nueva etapa del desarrollo capitalista, acelerado por las corporaciones trasnacionales.

En nuestro estudio de ahora veremos que no fue únicamente el Estado de bienestar o Estado benefactor el culpable de que el viejo capitalismo perdiera el paso, como pretenden los conocidos campeones del neoliberalismo de hoy.

La producción de armas

La permanente producción de cada vez más complejas armas y, por ende, la **permanente** innovación tecnológica que de ahí se deriva, conturba fuertemente la economía, a lo que se añade la consolidación de las empresas trasnacionales con sus radicales transformaciones en la producción y en el intercambio: son igualmente culpables del fracaso de los métodos habituales para salir de las crisis. Además, están convirtiendo rápidamente el que hasta hace poco era sólo portentoso futuro científico, en el presente técnico y tecnológico de cada día que vivimos hoy. Me refiero especialmente a los veloces avances en microelectrónica, en ingeniería genética y en comunicaciones, con lo cual se puede calibrar el formidable reto que estas revolucionarias innovaciones tecnológicas están planteando en los terrenos de la industria convencional, y lo que este hecho significa en la gran crisis económica que pesa hoy sobre todo el mundo.⁷

La fabricación de armas es el recurso más socorrido para absorber los excedentes en una economía en expansión y evitar desequilibrios incómodos, así como para acrecentar el control del Estado sobre dicha economía (lo cual contradice la letra y el espíritu del pregonado neoliberalismo). Cabe comentar aquí que en la política económica prevaleciente en Estados Unidos —**reaganomics**— no disminuyen los gastos en servicios y seguridad sociales porque hayan aumentado escandalosamente los gastos en armamento, sino que, por lo contrario, estos últimos se han visto obligados a crecer **para poder disminuir los gastos en servicios y seguridad sociales**. Esto último se explica por la lógica de la lucha contra el Estado de bienestar, lucha que constituye la columna vertebral de la actual Administración republicana conservadora en el país vecino.

"Gracias al hecho de la ampliación permanente de los gastos en armamento —dice Ernest Mandel— el Estado

7.- Infortunadamente para el proceso incesante de humanización del animal hombre, siguen siendo los preparativos de guerra la principal fuente financiera y psicológica para el acelerado avance científico y tecnológico.

(. . .) controla una parte importante de la renta nacional”⁸.

Al comentar el artículo de otro autor⁹ sigue diciendo el mismo Mandel: “Existen numerosas ramas industriales de las más importantes, entre las que están las de punta del proceso tecnológico, que trabajan esencialmente con pedidos del Estado y que se verían condenadas a una muerte rápida si tales pedidos desaparecieran. Tal es el caso de la aeronáutica, de la electrónica, de la construcción naval, de las telecomunicaciones e incluso de las obras públicas, sin olvidar la industria nuclear”. Según Mandel, en Estados Unidos “la economía de regiones enteras se basa en estas ramas. Puede decirse que California [el Estado de Ronald Reagan] (. . .) el Estado de la Unión con mayor expansión, vive en gran parte del presupuesto militar de Estados Unidos”¹⁰.

Las corporaciones trasnacionales

En cuanto a las gigantescas corporaciones trasnacionales, los llamados “precios de transferencia” que rigen en el interior de ellas representan la negación misma de las leyes del mercado. Aunque las empresas trasnacionales constituyen un fenómeno cualitativamente nuevo propio de nuestra época, tuvieron como base para su evolución los viejos monopolios que arrancan desde el siglo pasado. Y las trasnacionales de hoy proyectan, en escala gigantesca y con características actualizadas, las conductas monopolistas tradicionales para impedir la reducción de precios cuando hay sobreproducción; para repartirse los mercados mundiales y de paso burlar eficazmente legislaciones defensoras de derechos nacionales; para esquivar, en una palabra, el “libre juego de las fuerzas del mercado”. Un juego que —por otra parte— es imposible ya compaginar con la evolución del capitalismo esencialmente financiero e internacional de hoy, y con el nivel político-ideológico alcanzado por la lucha de clases en escala internacional. Todo lo cual se inscribe dentro de la lógica del capitalismo en escala mundial.

Las corrientes de punta en el capitalismo avanzado —es decir, las corporaciones trasnacionales— libran hoy doble batalla: contra las corrientes capitalistas tecnológicamente atrasadas y organizativamente tradicionales o “nacionalistas”, por una parte, y, por la otra, contra el bloque socialista y su creciente influencia, lo que ha reducido considerablemente el ámbito internacional para la expansión lógica e histórica del sistema de producción capitalista. Aunque sea incidentalmente se debe señalar aquí que esto último explica, en última instancia, el

recrudescimiento de la guerra fría y justifica la obsesión de los abanderados del capitalismo por el “expansionismo soviético”. En escala más reducida puede aplicarse a la conducta de Estados Unidos en la zona centroamericana y caribeña en relación con la “intromisión cubana”. Además, dentro del mismo orden de ideas se encuentra aquello a lo que más temen las vanguardias del capitalismo: la independencia económica de los países sometidos del Tercer Mundo. Se debe comprender que el sistema capitalista de producción lucha por su propia existencia, ya que detener su evolución significaría desaparecer de la historia.

Hay que saber reconocer el conflicto entre rivales capitalistas trasnacionales —lo que en el capitalismo tradicional se llamaría “pugnas interburguesas”— entre las grandes empresas trasnacionales norteamericanas, por una parte, y europeas y japonesas, por la otra; pero también entre poderosas empresas trasnacionales, por una parte, y agredidos Estados nacionales, por la otra.

El debilitamiento de los Estados nacionales, mejor dicho, la transformación de sus funciones tradicionales, junto con el fortalecimiento de empresas y conglomerados gigantescos trasnacionales, todo mediante ese proceso al que llamamos, tentativamente, de creciente “desmetropolización” de aquellos últimos, constituyen pasos lógicos en la evolución histórica del capitalismo en expansión, es decir, hacia el despliegue de todas sus potencialidades. Hasta dónde pueda llegar **sin perder sus características capitalistas fundamentales**, es decir, sin convertirse ya sea en fascismo, ya en socialismo, es cuestión que nos atañe a nosotros, los contemporáneos sacudidos por esta magna crisis que está pareciendo definidora en más de un sentido.

Cuando se habla de debilitamiento de los Estados nacionales, o de transformación de sus funciones tradicionales a causa del creciente predominio de las empresas trasnacionales, hay que recordar ese fenómeno contrario al que ya nos referimos y al que, dialécticamente, aquél se enfrenta: un nacionalismo en surgimiento o en continuo fortalecimiento y que se manifiesta en diversas formas, entre ellas las nacionalizaciones en el sector económico.

En memorable discurso ante la Asamblea de las Naciones Unidas, el 10. de octubre de 1982, el Presidente de México, José López Portillo explicó: “La injerencia de las corporaciones trasnacionales, la concentración creciente de los medios financieros, la supeditación de los sistemas bancarios a las grandes metrópolis, las expatriaciones masivas de capital y la imitación de modelos de desarrollo ajenos, ponen en riesgo la existencia misma de los Estados nacionales”. También había dicho: “Los países en desarrollo no queremos [sic] ser avasallados. No podemos paralizar nuestras economías, ni

8- Ernest Mandel: *Iniciación a la economía marxista*, 1974.

9- Pierre Naville, en un artículo cuyo título y fecha no ofrece Mandel, publicado en la *Nouvelle Revue Marxiste*.

10- E. Mandel: *op. cit.*

hundir a nuestros pueblos en una mayor miseria para pagar una deuda cuyo servicio se triplicó sin nuestra participación ni responsabilidad y cuyas condiciones nos son impuestas". Por lo tanto, añadió el Presidente de México: "después de grandes esfuerzos correctivos en materia económica, mi gobierno decidió atacar el mal por su raíz y extirparlo de una buena vez". De este modo se estableció el control de divisas y se nacionalizó la banca privada en México.

El libre juego de las fuerzas del mercado

Milton Friedman, profeta del neoliberalismo económico como panacea para todos los males presentes del capitalismo, acusa a las grandes corporaciones transnacionales de contribuir al poco éxito de la medicina que él anuncia, y reconoce que ellas impiden el funcionamiento de las leyes del mercado.

La santa ira de Milton Friedman contra las corporaciones transnacionales nos hace creer en su buena fe y nos permite pensar en él como un verdadero fanático ideológico. Simplemente como documento humano, sería interesante conocer el impacto en su conciencia de la práctica de sus teorías económicas, ya que han sumido al pueblo chileno —por poner un ejemplo y porque en él se han implantado aquellas teorías con máxima ortodoxia— en una prolongada agonía, mientras las gigantescas empresas transnacionales que él fustiga se han hinchado de ganancias fáciles.

Sin embargo, no podemos suponer la misma y también supuesta ingenuidad en todos los responsables de la actual cruzada en favor del "libre juego de las fuerzas del mercado". David Stockman, tenido como el genio del gabinete económico del presidente Reagan, escandalizó a Washington al hacer pública su poca fe en el éxito de una política que él mismo contribuyera a formular. El escándalo suscitado obligó a Stockman a un *mea culpa*; pero siguió al frente de su oficina, lo que puso en entredicho la sinceridad del presidente Reagan respecto a su propia política económica. Cabe entonces dudar, no tanto acerca de la confianza de Reagan en la eficacia de su política económica para aliviar los males que aquejan a las mayorías en su país, sino en los verdaderos fines que ésta persigue, los cuales pueden ser distintos de los que Reagan declara públicamente.

La cuestión no es preguntarse si funciona o no el liberalismo económico implantado ya en diversos países, o en vías de implantarse en aquellos otros que caen bajo el control del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial o del GATT, instituciones líderes de la transformación que está sufriendo el orden económico mundial en un mayor provecho de los países industrializados.

El liberalismo económico funciona, y muy bien por cierto, pero para otros fines distintos de los declarados y, además, **unilateralmente**. Habría que preguntarse: ¿en favor de quién funciona el neoliberalismo económico? Porque el éxito de alguien bien puede significar el fracaso de otros.

La ola neoliberal fue ganando espectacularidad desde los **Chicago boys** pinochetistas hasta culminar con la **reaganomics** en Norteamérica, y empezar a menguar con el precario triunfo de Helmut Kohl —demócrata cristiano— sobre Helmut Schmidt —socialdemócrata en Alemania Federal. La marea neoliberal, que pareciera ya en reflujo, dará paso de nuevo —es bastante probable— a la marea reformista que, de hecho, ya empezó a crecer con el triunfo de François Mitterrand en Francia y de Andreas Papandreu en Grecia; con el regreso de Olof Palme en Suecia y con el arribo al poder de Felipe González en España. Entre nosotros fue impresionante el fortalecimiento de la función rectora del Estado con la reciente nacionalización de la banca privada y con el control de divisas, en detrimento de proyectos neoliberales que parecían estar abriéndose paso en la clase política dirigente en nuestro país.

"El Estado de bienestar es el enemigo"

Una visión global de los acontecimientos mundiales recientes, más el conocimiento de algunos análisis económicos de especialistas confiables, nos convencerá de que la necesidad de revitalizar la tasa de ganancia impulsa la frenética búsqueda —no importa lo brutales que puedan resultar los medios utilizados— del restablecimiento del "libre juego de las fuerzas del mercado", cuya efectividad —de acuerdo con los ideólogos del neoliberalismo actual— fue seriamente lesionada por la acción modificadora del Estado de bienestar. Y no se debe olvidar que el "libre juego de las fuerzas del mercado" constituye el dogma por excelencia del capitalismo tradicional o competitivo.

Es oportuno recordar al economista norteamericano Paul A. Samuelson: "Mi tesis —dice— es que la **stagflation** [inflación con recesión] es una característica intrínseca de la economía mixta (. . .) y descubrí sus raíces en el interior de la naturaleza básica del 'Estado de bienestar' moderno (. . .) En resumen: atribuyo dicho fenómeno de la economía mixta al hecho de que ahora tenemos una sociedad humana en donde **al desempleo y al receso no se les permite tener repercusiones en la baja de precios y salarios, característicos del cruel y despiadado capitalismo de los libros de historia**" (subrayados míos).¹¹

11: Paul A. Samuelson, premio Nobel de Economía, en la conferencia magistral que bajo el título *La economía mundial a finales del siglo dictó durante el VI Congreso Mundial de Economistas*, en México, D.F., en agosto de 1980.

Para justificar principios teóricos que, desde el punto de vista de los capitalistas, explican génesis y superación de las crisis, los partidarios del neoliberalismo económico consideran necesario destruir el Estado de bienestar o social democracia, ya que éste, además de modificar la naturaleza misma del capitalismo —según ellos— constituye serio obstáculo para el predominio de las empresas transnacionales. Se puede afirmar que estamos presenciando la culminación del paulatino divorcio entre el liberalismo económico y el liberalismo político.

La destrucción del Estado de bienestar es punto focal de la *reaganomics*, cuyo propósito de devolver a la iniciativa privada el predominio y el control de la economía traspasa las fronteras nacionales, para convertirse en el principal producto de exportación ideológica norteamericana en este momento. Y para destruir el Estado de bienestar —en otras palabras, para acabar el reformismo capitalista— es preciso destruir la fuerza que lo sostiene: la de los trabajadores organizados.

Un valioso apoyo a esta afirmación encuentro en el ya citado Paul A. Samuelson, quien dice: "Leyendo entre líneas a Schumpeter, creo observar que la misma solución planteada por ellos [Wilfredo Pareto y George Sorel] estaba tácitamente en su mente (. . .) A lo que me estoy refiriendo es, desde luego, a la solución fascista. Si la eficiencia del mercado es políticamente inestable, entonces los simpatizantes del fascismo concluyen: 'libérense de la democracia e impongan a la sociedad el régimen de mercado'. No importa que los sindicalistas deban ser castrados y los molestos intelectuales enviados a la cárcel o al exilio. . . Por decir algo, si Chile y los *Chicago boys* no hubieran existido, hubiéramos tenido que inventarlos como paradigmas".¹²

Una clase obrera con buenas defensas sindicales (como las que ella construye en un Estado de bienestar) es demasiada resistencia para los dueños del capital, quienes necesitan cumplir con el procedimiento restablecedor o incrementadas de la tasa media de ganancia. Procedimiento ya conocido por nosotros y que verificamos diariamente con las noticias procedentes del norte: ramas enteras de la industria tradicional que se tornan obsoletas ante la pujanza de nuevas tecnologías, o la aparición de ramas industriales que hasta hace poco creíamos propias de la ciencia ficción; dramáticos despidos en masa de trabajadores, especialmente entre la mano de obra no calificada (los braceros mexicanos en Estados Unidos, por ejemplo); inflación que no obstante sus temporales bajas sigue cumpliendo la función concentradora del capital; empresas pequeñas y medianas en quiebra agobiadas por el alto costo del crédito financiero (. . .) todo eso que a corto, mediano y largo plazo se resuelve en

incremento de la plusvalía arrancada a los salarios de los trabajadores no despedidos.

Forzando los términos ya acuñados en una semántica muy precisa, cuando hablo aquí de plusvalía quiero dar a entender tanto la plusvalía propiamente dicha que se obtiene de los salarios de los trabajadores dentro de la economía nacional, como esa otra "plusvalía" que obtienen los países industrializados de los "salarios" —es decir, los precios de las materias primas— de las naciones tercermundistas sojuzgadas económicamente.

El fascismo económico

Con el propósito declarado de salir de las crisis, en buena parte de los centros rectores de la economía capitalista se adoptan hoy medidas de corte neoliberal, ya sean monetaristas, ya ofertistas, o, como en Estados Unidos, una mezcla o combinación de ellas.

No es aventurado afirmar que el neoliberalismo económico suministra base para el fascismo contemporáneo (¿neofascismo?); también podría decirse que constituye, precisamente, el fascismo económico. En cualquier caso debemos dudar en llamarlo "fascismo". Es difícil, y se presta a confusiones constantes, acuñar nuevos términos para cada una de las transformaciones que sufren las categorías políticas, económicas o sociológicas en su evolución histórica; aceptemos, pues, una imprescindible generalización semántica en los vocablos, paralela a la dialéctica de los fenómenos sociales. Con esto se evitarían, entre otras cosas, bizantinas discusiones como las oídas acerca de si el régimen de Pinochet es o no "fascista", porque no reúne todas las condiciones que caracterizaron los regímenes mussoliniano y hitlerista. Deberíamos aceptar, en términos generales, que el fascismo aparece, con diferentes ropajes, cuando, al romperse durante una crisis económica el mayor o menor equilibrio entre las fuerzas del capital y las fuerzas del trabajo, el Estado lanza recursos de toda índole (incluidos diversos grados de represión) contra las fuerzas del trabajo, en apoyo de las fuerzas del capital. Habría que aceptar, pues, que el fascismo es un fenómeno cíclico. De este modo, hoy día no sólo Augusto Pinochet, sino Margaret Thatcher y Ronald Reagan, entre otros, encabezarían también regímenes fascistas.

Si a los generales del Cono Sur les falta "base social", el general argentino Galtieri mostró, en el transcurso del conflicto con los ingleses a causa de las Islas Malvinas, cuán fácil es conseguir "base social" al apelar a las estructuras psicológicas profundas que determinan el nacionalismo en los individuos.

El modelo "keynesiano"

Una correcta caracterización de la naturaleza intrínseca del capitalismo no es estática y debe basarse en la resultante de su transformación histórica, es decir, de lo que va siendo. Por eso cuando se oye decir que está en crisis o en quiebra el "modelo keynesiano" dan ganas de preguntar si quien lo está diciendo está consciente de que el llamado modelo keynesiano no es otra cosa sino el capitalismo mismo. En otras palabras, lo que ha llegado a ser. Los modelos ofrecidos por el neolibe-

ralismo económico (a través de monetaristas u ofertistas) no son sino intentos involucionistas que tratan infructuosamente (ya que sus relativos éxitos han sido circunstanciales y ambiguos) de borrar los cambios históricos del capitalismo. Cambios que se hicieron más visibles a partir de la gran depresión de los años 29 y siguientes. Si se sigue el desarrollo de estos conceptos se llega entonces a comprender por qué la crisis actual del capitalismo es, propiamente, la crisis de la economía mixta, del Estado de bienestar, de la socialdemocracia, del reformismo.

